

## Extracción de la piedra de la locura

«**L**OS agraciados y los desgraciados, los dañados y los indemnes, los hijos de la luz y los emporcados por las sombras, los insumisos y los vencidos, los que quemán incienso y los que blasfeman contra el aire, acongojados, resentidos, los que tocan la desesperación encima de un mantel blanco, los que arrinconan al poderoso y los que guerrean contra los débiles, los que guardan las semillas y los que las siembran en la sal sabiendo que serán ruina segura, los abrasados, los tontos de baba. Todos estamos aquí, en los pabellones del Manicomio del Carmen». Con estas líneas torrenciales se abre *Una danza con los pies atados*, primera novela del poeta y profesor universitario José Antonio Llera, y esa doble condición de investigador y autor de una obra extensa y reconocida tendrá mucho que ver, para fortuna de los lectores, con lo insólito de un texto como este, que gira en torno a la locura, la trama humana que orbita a su alrededor y la psiquiatría como ciencia y refugio, a partir de un relato en el que se trenzan muy diferentes voces, casi como una pieza de polifonía interrumpida. Allí se superpone la voz dolorida de los pacientes, la desengañada de los médicos y la desconcertada de quienes los rodean a lo largo del tiempo, en una huida que

alcanza a todos los que aparecen en sus páginas y llega hasta nosotros. Esa huida, expresada de mil maneras, tal vez el deseo por excelencia de nuestra naturaleza, nos reconcilia con la literatura y su poder auténticamente reparador, que no sanador.

Publicada por Aristas Martínez, uno de los catálogos más arriesgados y atractivos de la edición independiente, con un ojo en Asia y otro en lo más novedoso de Europa, y que no tardará mucho en festejar un nobel entre sus autores traducidos, *Una danza con los pies atados* tiene algo de urbanismo literario por el que el autor traza ese plan de huida del que hablábamos. Por un lado, la cualidad mítica de la locura, la que nace de la melancolía, de la manía ritual o profética del universo grecolatino y alcanza a Foucault o Peter Weiss: la locura como sibila, como lucidez que acompaña los grandes textos literarios —sí, el *Quijote*— y culmina con el siglo xx y sus vanguardias —de ahí las referencias a versos de Lorca o Alberti—. El segundo de los trayectos está relacionado con la memoria de la medicina en el siglo, un repertorio de teorías y nombres como Lafora o Sacristán, maestros o compañeros del protagonista de los «cuadernos» intercalados. El ejercicio de la psiquiatría, como la cultura, como tantas cosas, pasó de la esperan-

za a la brutalidad en la posguerra y sus tratamientos infames, una decepción intelectual que se volverá, también, vital. Por último, una tercera vía que gracias a las anteriores cobra sentido y se deja iluminar por la literatura: la reflexión sobre el entorno, las vivencias y las muy distintas maneras en que nos enfrentamos y nos hemos enfrentado en un pasado no tan remoto a la enfermedad mental.

Esa capacidad de confluencia en la cartografía del relato encuentra su sentido, sobre todo, en la conciencia narrativa de Llera, la certeza de que está escribiendo una novela, que desde las intertextualidades que tan bien maneja a las referencias sebaldtianas —como la inclusión del plano del manicomio, la fotografía de un paciente o la pieza periodística de Unamuno, también personaje— el texto debe estar poseído por el trabajo verbal que, en boca de los locos, privados de todo casi desde el nacimiento, alcanza una expresividad chamánica y, en el registro acomodado de los médicos, una apatía administrativa.

A todos los une el Manicomio del Carmen, centro del mundo, y los separa el río que parece rodearlo como un foso. Ese río —el Guadiana, real como buena parte de las localizaciones— dibuja el torbellino de una espiral de discursos que se cruzan y superponen, un momento umbilical que vincula todo lo leído, y que en *Una danza con los pies atados* adopta la imagen del ahogamiento, la asfixia simbólica en el río real y, también, en el río del tránsito, del tiempo por el que se

pierden los médicos, las familias y los pacientes, un laberinto cardinal que impone la medicina de posguerra y permanece durante décadas. Por eso los personajes enajenados, aquellos que están recluidos, presentan un discurso mucho más luminoso y vivaz que estos otros que sí pertenecen al ámbito de los cuerdos, acaso porque la asfixia —tantas y tantos escritores ahogados en playas y ríos esos años— de la realidad es mucho más cruel que esa *amabilis insania*, aunque estos locos estén obligados a bailar con los pies atados, «si bailo, es con los pies atados. No tengo más remedio que aceptar este rumbo mío». En este sentido, y frente a la claridad fiera de la palabra de los recluidos, como Fernando, o de los hermanos e hijos, como Magdalena, llena de hallazgos expresivos, el registro de ese cuaderno numerado que alterna episodios con las voces del psiquiátrico es un acierto como correlato: ante la felicidad irracional de los locos, capaz de entender el tiempo y la naturaleza, la infelicidad profunda de los cuerdos: «me he dado cuenta de que lo que más envidio de algunos locos es su inmensa libertad». Si como señala un personaje que cree habérsela tragado «la piedra diamante es el Señor, porque si la posees ningún mal puede alcanzarte», esos otros nombres han perdido la alegría de la piedra de la locura, extirpada con violencia. —LUIS SÁEZ DELGADO.

José Antonio Llera, *Una danza con los pies atados*, Badajoz, Aristas Martínez, 2024.